

Si entre nosotros hay hijos de la paz, vuestra palabra es infalible, y vuestra paz hará un asiento firme en sus almas. Haced, Dios mio, que la busquemos en vos, que estemos por vos seguros de encontrarla, y que merezcamos gustar las delicias de una paz eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA FÉ.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 8. v. 10.

Quando oyó Jesus hablar de esta suerte al Centurion, se maravilló, y dixo á los que le seguian: Verdaderamente os digo, que no he hallado fé tan grande en Israel.

Por qué causa; hermanos míos, encuentra Jesu-Christo mas fé en Capharnaum que en toda la Judéa? ¿Por qué experimenta de parte del Centu-

tion mas docilidad y humildad que de los Israelitas mas instruidos? Este hombre no había hecho como los Sacerdotes y Doctores de la ley un estudio profundo de las Escrituras, y las profecías que anunciaban al Mesías no le eran tan familiares y conocidas como á los Scribas y Fariseos. Sin embargo él es quien manifiesta mas ardor en buscar á Jesu-Christo, mas fervor en su oracion, mas moderacion en sus súplicas, mas respeto y humildad en su presencia, y mas amor y reconocimiento á sus beneficios. ¿Pero quién le inspira tan apreciables sentimientos? La fé, hermanos míos, esta virtud sublime que ilumina el espíritu é instruye al corazon; esta virtud tan rara en todos los tiempos, pero mas rara todavía en este siglo, hez de todos los pasados, en que el falso resplendor de la razon y de la filosofia toma el lugar de esta sagrada antorcha. ¡Ah, hermanos míos, aun se encuentra fé en Israel! ¿El Hijo del hombre encontraría una centella de fé entre nosotros si viniese á juzgarnos? Cada uno puede exâminarse á sí mismo en esta materia, y para ello veamos cuáles son los caracteres de esta

fé que Jesu-Christo ha venido á traer á la tierra.

No voy á presentaros nuevas ideas ni pruebas nuevas: no vengo á establecer una de aquellas verdades singulares, que no perteneciendo á la Religion sino como consequencias deducidas de sus principios, solo se dirigen á un pequeño número de Christianos. Es una verdad esencial y fundamental la que voy á tratar, digna de toda nuestra atencion y respeto: en una palabra, os voy á hablar de la fé. Al oír este nombre deben despertarse en el corazon de un Christiano, por poco que ame su Religion, dignos sentimientos de admiracion, de reconocimiento, de amor y docilidad. Sí, hermanos míos, el nombre solo de la fé, si teneis la instruccion debida de su grandeza, debe cautivar todos los pensamientos de vuestro espíritu, interesar todas las facultades de vuestra alma, y exercitar todos sus resortes. ¡Pero qué, una virtud que me manda creer sin racionar; que me propone verdades tan sublimes; que me impone un silencio profundo quando mi racion se queja de su obscuridad; que trata de orgullo todas mis discusiones,

de temeridad mis deseos, de blasfemias mis congeturas, quando pasan los límites que me prescribe; un don que baxo el pretexto de comunicarme conocimientos y luces, para las quales no tengo derecho alguno, sujeta mi curiosidad y humilla mi racion; es el que tengo yo de admirar! Escuchad, hombres soberbios, que os atreveis á proferir razonamientos tan injuriosos á la fé. ¿Qué cosa es la fé? Un don de Dios, y el mas singular de los favores que nos concede por un efecto de su misericordia: es uno de aquellos dones que nos acerca mas á su grandeza y á su magestad suprema: es el apoyo mas cierto de vuestra debilidad, y la luz de que carecian vuestros padres quando caminaban á la sombra de la muerte y del pecado. Leed para confundir todos esos razonamientos, ó por mejor decir, para confundiros: leed la historia de su extravagancia y de sus errores, y la encontraréis llena de testimonios que depoenen en favor de la fé. Esa racion orgullosa, cuyos derechos reclamais tantas veces, ¿á qué extremo los ha conducido? ¿No veis las locuras y los delirios á que se han expuesto? ¿No han

dirigido sus adoraciones á las obras de sus mismas manos? ¿No han doblado su rodilla ante las criaturas que no debian su forma sino á su propia industria? ¿No han espurado la salud, los bienes, los felices sucesos de sus negocios de un reptil, de un árbol, de una legumbre más corruptibles todavía que ellos mismos? Despues de tantos delirios, ¿os quejareis de la esclavitud en que os tiene el yugo de la fé? Sabriais sin ella que hay un Dios, y un Dios único, que su esencia infinitamente superior á nuestra naturaleza es á quien debéis la existencia y la vida, la que os ha sacado de la nada por un acto de su voluntad suprema, y que por un orden expreso de esta misma voluntad está ya señalado el instante en que debéis entrar en el sepulcro? ¿Conoceriais sin ella la providencia que os conserva, la sabiduría que os gobierna, la justicia que os amenaza, la bondad que os protege, la misericordia que os tolera? Sin la fé, hermanos míos, inciertos de vuestro origen, como de vuestro destino, seriais tan insensibles en la desgracia del pecado, como indiferentes á la gracia de vuestra redencion: ella es á quien de-

beis el conocimiento de lo que habéis sido por el pecado, de lo que habéis sido hechos por la gracia de Jesu-Christo, y de lo que debéis ser por su misericordia: ella es la que os anima con la esperanza cierta de una resurreccion gloriosa, y de una eterna felicidad.

Pero me diréis: ¿sobre qué fundamento estan apoyadas todas estas verdades? ¿dónde encontraré una demostracion capaz de convencerme? ¿á quién tendrán por garante? Es cierto que nuestros padres nos las han transmitido despues de haberlas recibido de sus antepasados: es cierto que nosotros mismos sin detenernos á su exámen las enseñamos á nuestros hijos, y que seguirán así perpetuándose de edad en edad; pero quién podrá certificarnos de que nuestros padres no han sido seducidos, que por una consecuencia de este primer error no nos han engañado, y que nosotros mismos tan preocupados como ellos no transmitimos sin conocerlo, la sediccion y la mentira á nuestros sucesores? La imaginacion del hombre es tan fecunda, que deben temerse mucho sus producciones y sus extravíos. Quién sabe, por exemplo, si una polí-

tica humana es la que ha imaginado este sistema seguido de Religion para cautivar las almas generosas por el atractivo de una felicidad imaginaria, y para sujetar y oprimir los espíritus revoltosos baxo el peso de la autoridad por el miedo de una christiana desgracia. Todo lo que me rodea parece que me afirma en estas conjeturas. Un gusto natural á la libertad me lisonjea con estas ideas: oigo á mi alrededor á muchos hombres admirados por sus talentos, que aplauden estos pensamientos, y que autorizan estas dudas en sus conversaciones y en sus escritos: ellos me muestran al universo entero trabajando inútilmente para conformarse sobre la religion y la fé: ellos me hacen recordar las diferentes edades y los diferentes países del mundo para mostrarme las opiniones y los sistemas tan varios como los climas: ellos me hacen ver como los pueblos de una misma nacion, de una misma provincia, de una misma ciudad contradicen con su doctrina, no solo á los escritores que les han precedido, sino que no se conforman entre sí mismos sobre los puntos esenciales de su religion: ellos me mues-

tran en el seno del Christianismo disputas interminables; quëstiones sin solution y sin respuesta, y entre tantas incertidumbres como nos rodean por todas partes, me dicen que el partido mas sabio es dudar de todo: que en materia de Religion toda resolution es temeraria; y que la libertad de pensar y de creer es un privilegio esencial á nuestra naturaleza. Sin embargo de todo esto se pretende que yo crea, y que salga de una indiferencia tan cómoda, y tan conforme á mi gusto. ¿Pero quién es el que me da el exemplo de esta fé tan dócil que no se contradice en cosa alguna? Son gentes simples que separadas del gran mundo, no tienen quizá otra instruccion que la que han sacado de algunos libros de moral. ¿De qué modo se contradice ese tropel de espíritus fuertes é ilustrados, que me predicán la libertad? Todas las razones se reducen al testimonio de algunos hombres dedicados á la Religion, cuyas costumbres austeras é irreprehensibles se han conformado en un todo con su moral: estos son sus héroes y defensores; ¿pero habrá quien me asegure que no han sido demasiado cré-

dulos, que no han sido seducidos? A este testimonio se junta el de las Escrituras de donde ellos han sacado los dogmas que enseñan: se me alaba la autoridad, la verdad y la divinidad de estos libros, y se exige, que por su simple autenticidad los adore y los crea. En este estado ¿cuál será el partido seguro? ¿Adónde estan en todos estos medios que se me ofrecen los motivos ciertos de mi creencia?

Hermanos míos, estas son las cuestiones peligrosas, que en el siglo desgraciado en que vivimos, proponen y propagan esos hombres que el mundo venera por sus oráculos. Si fuese útil daros á conocer todo su veneno, no tendría que hacer otra cosa que citaros algunas frases de las detestables obras que el infierno les ha dictado en estos últimos tiempos: entónces veriais en ellas mismas su propia reprobacion, y que si hay algunos que las admiran y defienden, es porque su vida relaxada no se conforma con la severa moral del Evangelio.

Deshonraria ciertamente mi religion, mi fé y el ministerio de dispensador de la palabra santa, si me tomase

el trabajo de responder seriamente á estos incrédulos del dia, que baxo el especioso nombre de filósofos pretenden vender sus sofismas y falsos principios, y arrancar á Jesu-Christo de entre los hombres. Unicamente les diré con San Agustin, hermanos míos, vuestros ojos estan enfermos: es preciso curarlos, si quereis ver lo que estaba escondido. Comenzad por una reforma de vuestras costumbres, purificad esos vicios carnales, y Dios por su misericordia se dignará quizá de hacer lucir á vuestra vista la evidencia de su verdad y de su ley. Esto es lo que únicamente puede decirse á semejantes incrédulos; pero si me dais un hombre puro y desinteresado, inquieto con sus dudas, y que procura ilustrarlas, cuyos ojos son todavía muy débiles para penetrar la obscuridad, pero capaces de fortificarse con el socorro de la fé: un hombre que no deba sus preocupaciones y errores sino á los desgraciados discursos, que ha oido desde la juventud; yo le precisaré á que admire la grandeza y la excelencia de la fé, explicándole con sencillez los principios en que se funda; y le in-

troduciré, por decirlo así, como por la mano en cada uno de los caminos que le tenia cerrados la incredulidad.

Aquí le mostraré que el imperio de la fé no es de modo alguno contrario ni inaccesible á la razon, sino que la ennoblece, la eleva, y no la contradice: que con la fé se satisface la curiosidad quando en alguna manera es fundada: que baxo el yugo mismo de la fé adquiere el espíritu nuevos derechos y nueva libertad, porque puede sin temores elevar sus ideas hasta el Ser Supremo.

Allí le forzaré á confesar que tantos sistemas diferentes como han dividido y dividen todavía los hombres sobre la religion, sirven mas bien para su elogio, que para su destruccion: que todos estos sistemas prueban que la razon humana necesita una autoridad que la decida y la fixe, y que la religion de Jesu-Christo es la mas propia para este fin, porque ha tenido discípulos en todos los tiempos y lugares.

De aquí descenderé con él al examen de las autoridades diferentes que se le presentan, y de los escritos sólidos, compuestos en distintas edades y paises, por personas de caracteres muy

opuestos, de manera que sin que pueda sospechar la menor connivencia, encontrará en ellos una conformidad tan perfecta, y una relacion tan exácta, que se verá precisado á concluir que estos escritores han sido guiados todos por la verdad, ó que acaso han tenido motivos desconocidos al resto de los hombres, para hacerlos adoptar una doctrina que no presentase sino congeturas. Despues, poniendo estos escritos en paralelo con los de los xefes mas famosos de tantas sectas como se han levantado contra nuestra religion santa, le haré ver la incoherencia que tienen entre sí los principios que establecen, lo que varian en sus motivos, la ninguna fuerza de sus conseqüencias; en una palabra, cuán distantes estan de ese admirable encadenamiento de preceptos, que proponiendo siempre al hombre por único fin la sólida virtud, le indican la perfeccion y la verdadera felicidad.

Finalmente, subiré á tratar de ese libro fundamental, de cuya divinidad exigen los incrédulos una prueba positiva, y sin introducirme á refutar todas las invectivas sacrílegas que se han vomitado y se vomitan en el dia contra

nuestras santas Escrituras, le descubriré en esta sublime obra las profecías y su cumplimiento, las promesas y sus efectos, los milagros y sus pruebas incontestables, una historia no interrumpida, y su relacion con las de todas las naciones; y si queda todavía alguna duda, llamaré en apoyo mio á ese pueblo desgraciado, cuyas reliquias no subsisten sino para tributar á estos libros santos un homenaje tanto ménos sospechoso, quanto es mas humillante para él. Entónces le oirá el incrédulo los tristes recuerdos del tiempo precioso en que hacia de este libro el alimento de su espíritu, y las delicias de su corazon. Si hay alguno que busque la verdad de buena fé, se rendirá sin duda á este testimonio; y si su corazon está libre de pecado, unirá los sentimientos de veneracion con los de amor y reconocimiento.

Pero, hermanos míos, se estima poco la fé, y de aquí sin duda nace la ninguna observancia de las buenas obras. Apenas se distingue de los demas dias del año aquel en que ha sido llamado el hombre á la fé por el bautismo. El Paganismo á lo ménos tenia dias afortuna-

dos: se celebraban con juegos públicos, con sacrificios solemnes los dias en que se habia conseguido algun suceso favorable ó alguna victoria; pero acaso los Christianos procuran consagrar un dia en el año para celebrar la gracia de su vocación á la fé? Si celebran sus natalicios, ¿no es con diversiones profanas, con disoluciones criminales?

Dios nos libre, mis hermanos, de que la fé se haga rara entre nosotros, porque entónces se pierden sus frutos. Este don es del que habla el Apóstol, quando dice que es muy difícil ser ilustrado segunda vez si ha llegado á obscurecerse. En efecto este don es muy raro, y sin embargo de que innumerables naciones y pueblos lo han recibido, no todos lo retienen. Sí, hermanos míos, aunque los Apóstoles recorrieron el universo entero para extender la fé, el mayor número de las naciones ó no recibió, ó no conservó este depósito. En el espacio de mas de quatro mil años que el Dios de Israel fué solamente conocido en la Judéa, ¿adónde estaba el resto de los pueblos? Preguntémosnos á nosotros mismos ¿quál era nuestro nombre? Esos hombres

no son mi pueblo, decia el Señor: ese pueblo no es el objeto de mi misericordia: ved la idea que nos da el Profeta de tantas naciones que no conocian al verdadero Dios; pero aunque la luz del Evangelio ha empezado á iluminar á tantos pueblos sentados á la sombra de la muerte, ¿no quedan todavía muchos á donde no ha rayado? ¿Todos los que han visto elevarse sobre sus cabezas ese astro brillante de la fé, no han conocido su eclipse? Reynos vecinos, islas desgraciadas, en quienes lució la fé por tantos siglos, ¿por qué habeis perdido esta luciente antorcha? ¿Qué se ha hecho la fé de vuestros padres? Pero nosotros, hermanos míos, que todavía la poseemos, aunque lánguida y desfallecida, sin duda tenemos méritos particulares para conservar su posesion: sin duda no se determina Dios á arrancarla de nosotros para transmitirla á otras naciones mas fieles. ¡Ah, Christianos, dexemos estas sangrientas ironías, porque seria insultar en alguna manera nuestros peligros, y quizá nuestras desgracias! Mientras que Dios por su misericordia nos distingue todavía del resto de las naciones, procuremos nosotros distinguir-

nos por nuestro reconocimiento; y si la confianza nos autoriza para creer que Dios nos dexará gozar este depósito, temamos que se debilite por nuestra indiferencia, evitemos los riesgos para no perderle.

Es verdad que no sucede con el órden de la fé lo que con el de la caridad. Un solo pecado mortal basta para perder la gracia; y una sola duda no apaga la antorcha de la fé: dexamos de ser hijos de Dios por un solo pecado mortal, y por un solo movimiento de incertidumbre no dexamos de pertenecer á la Iglesia; pero sin embargo de todo esto debemos estar muy solícitos para evitar todas las ocasiones de perder la fé.

¿Adónde en efecto nos conducen esas dudas autorizadas por una indiscreta curiosidad sobre las verdades de la fé? ¿Adónde nos llevan esas conversaciones temerarias sobre tantas materias análogas á la fé: esas lecturas sospechosas y criminales de tantos sistemas que no estan subordinados á la fé: esas congeturas atrevidas que se forman y se comunican con increíble presteza, congeturas enteramente opuestas á la simplicidad de la fé? ¿Adónde nos condu-

ce sobre todo esa ignorancia voluntaria de los dogmas de la fé? Todo, hermanos míos, se dirige á no profesar la fé sino exteriormente y por costumbre; á no mostrar la fé sino con obras muy equívocas, y muchas veces á deshonorar la fé con vicios y costumbres de que carecen sus mismos enemigos. Este es el punto, hermanos míos, sobre el qual deberíamos fixarnos mas particularmente. Debeis á la fé una docilidad perfecta; pero tened entendido que habeis de unir las dos obligaciones de creer y de obrar, porque ella reprueba toda creencia esteril y especulativa que profesa con la boca lo que desmiente con las acciones.

Tenemos á Abraham por padre, decian los Judios presuntuosos, y á la sombra de este nombre vivian tranquilos sin tomarse el trabajo de reducir á práctica las virtudes. Nosotros podemos decir: tenemos á Dios por Doctor y por Maestro; pero esta ventaja no nos autoriza para vivir conforme á nuestros deseos; porque si Dios podía suscitar á Abraham de las piedras, mismas hijos mas dóciles y mas fieles, puede tambien hacer de las naciones

mas remotas y distantes de la fé un pueblo mas atento para conservar su espíritu.

¿Vosotros, hermanos míos, conservais este espíritu? Examinemos vuestras costumbres, ó por mejor decir, veamos si cada una de vuestras acciones se conforma con la fé. Es ella la que favorece vuestras iniquidades y resentimientos? ¿Es ella la que autoriza vuestras disensiones? ¿Es ella la que dicta esas intrigas y codicias criminales? ¿Es ella la que inspira esa ambicion que tanto os domina? ¿Es ella la que mantiene esas pasiones vergonzosas de que sois unos miserables esclavos? Los Paganos, hermanos míos, tienen una fé mas pura que la vuestra, porque á lo ménos son mas contenidos en sus acciones. Ya no quiero llamarla un don precioso, un don excelente: al contrario, la llamaré con gusto un don funesto, un don peligroso. Quando miro la oposicion de vuestras costumbres con los principios de vuestra fé, me represento las quejas amargas de Jesu-Christo sobre algunos pueblos de Judéa, que entregados al culto de los ídolos, debian sufrir los azotes de la cólera de un Dios. Así no pue-